

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Rolena Adorno: *The Polemics of Possession in Spanish American Narrative*. New Haven/London: Yale University Press 2007. XIX, 428 páginas.

Rolena Adorno es conocida por sus numerosas publicaciones en el campo de los estudios coloniales hispanoamericanos, entre las cuales destacan sus estudios seminales sobre Guamán Poma y la magnífica edición (junto con Patrick Charles Pautz) de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. En la presente obra retoma algunos artículos anteriores, los actualiza y los perfila dentro del marco de su objetivo central, es decir, las polémicas sobre la posesión en la narrativa colonial hispanoamericana. “Narrativa” tiene, en este contexto, una significación amplia: “Narrative is the essential mode at the core of all the writings on the Indies, even those that are presented as scholarly and Scholastic-style disputations or deliberative rhetorical presentations made before policy-making bodies at the royal court” (p. 8). Adorno se centra en cinco autores, que compara con pilares que sostienen los arcos que pretende construir, es decir, Guamán Poma, Las Casas, Bernal Díaz, Cabeza de Vaca y el Inca Garcilaso de la Vega. Entre ellos, es Las Casas la figura central, es él en el cual convergen los esfuerzos de ellos de conferir un sentido a la historia de España (p. 15).

Así, Adorno retoma su hipótesis de 1977 según la cual Guamán Poma conocía el *Tratado de las doce dudas* del dominico, el cual parafraseó en el capítulo de reflexiones morales y espirituales. A partir de ella, la autora propone que la concepción de Guamán Poma de una monarquía universal, en la cual el rey español reinaría sobre reinos autónomos en las cuatro

partes del mundo, y las Indias serían gobernadas por un príncipe que reuniría en sí los linajes tanto incaicos como no incaicos, constituye una evolución y actualización de las ideas lascasianas.

En cuanto a Las Casas mismo, Adorno presta particular atención a su recomendación de 1516 de aumentar las importaciones de esclavos africanos para aligerar la carga de trabajo que pesaba sobre los indios, recomendación que considera como un primer momento crucial en la carrera del dominico. Más tarde, Las Casas se habría arrepentido de su recomendación, cuando conoció las circunstancias reales de la captura de los esclavos en las costas africanas y llegó a ser uno de los pocos europeos que criticaron el sistema de esclavitud. En un giro algo contradictorio, Adorno rechaza más adelante que Las Casas hubiera hecho tal recomendación, acusación que imputa a los filósofos del Siglo de las Luces (Charlevoix, De Pauw, Raynal) y, en Inglaterra, a Robertson. Adorno destaca la coherencia del pensamiento de Las Casas y sostiene que las incongruencias son sólo aparentes y se deben al hecho de que habría intentado conciliar, en la primera mitad de su carrera, dos metas: servir a la Corona y defender sus intereses, por un lado, y, por el otro, proteger a los indios como vasallos libres que eran. Sus últimas obras atestiguarían su toma de conciencia de que ambas metas eran irreconciliables, y su decisión de consagrarse a la defensa de los indios (p. 88). Adorno discute extensamente las obras históricas de Las Casas, destacando el valor de la *Apologética histórica*, en la cual el dominico quiso demostrar que los indios habían alcanzado un orden cívico, en el sentido de la *República* de Aristóteles. A pesar de que sus obras

históricas no se publicaron en su época, fueron leídas, siendo Román y Zamora uno de sus lectores más atentos, al punto de retomar las obras del dominico en sus *Repúblicas del mundo* de 1575 y 1595. Adorno remata el capítulo constatando que Las Casas ocupó un lugar central en las polémicas sobre la posesión (p. 98).

Aún más extenso es el estudio de la obra de Bernal Díaz, que ocupa dos capítulos. En el primero de ellos (el 6º), Adorno se centra en el cronista/antiguo conquistador como defensor de los encomenderos y argumenta que la *Historia verdadera* revela y esconde al mismo tiempo sus intenciones: “My overarching argument is that the *Historia verdadera* exemplifies the capacity of prose exposition both to contain and conceal the argumentation that drives it” (p. 149). Particularmente interesantes son los subcapítulos sobre Bernal Díaz lector de Sepúlveda, Gómara y Las Casas, en los cuales rebasa las dicotomías tradicionales del soldado raso vs. el capitán (Cortés), y del testigo visual vs. el historiador que no lo era (Gómara e Illescas, p. 171). En el segundo capítulo dedicado a Bernal Díaz (el 7º de la obra), Adorno estudia el problema de la autoridad literaria: “Here I want to explore the relationship between sixteenth-century judicial practice, the Castilian legal tradition, and Bernal Diaz’s establishment of literary authority” (p. 172). Según Adorno, el cronista buscó dos tipos de autoridad: la cultura humanista y la ley castellana. Puesto que aquélla le era inaccesible, buscó basar su obra en la autoridad de ésta: “The great lesson that the reading of Bernal Diaz’s chronicle teaches is that he did not derive his literary authority from the truth of historical events or from having been an eyewitness to them. He sought the source of his credibility instead in the juridical tradition that, on the basis of medieval legal principles and the

legacy of the Reconquest of Castile, took shape in his day with regard to the Spanish conquests in the Indies” (p. 190, cf. p. 173).

El cuarto pilar del edificio de Adorno es, como queda dicho, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. La autora destaca la última etapa de la caminata del conquistador y sus compañeros, cuando llegan a la recién ocupada provincia de Nueva Galicia y éste observa los efectos fatales sobre la población indígena. Es aquí donde se cruza su análisis del relato del caminante con el de los escritos de Las Casas. Según lo apunta, el tema central sería el de la refundación de los pueblos indígenas en su propio territorio, tema en el cual reconocemos el tópico del paraíso perdido y reencontrado. Este último tópico, a su vez, sería retomado por la novelística del siglo XX: Saer, Posse, Borges. Con esto, la obra de Cabeza de Vaca “emerges as one of the founding works of the Latin American literary tradition” (p. 269).

Queda el quinto pilar, es decir, el Inca Garcilaso de la Vega y su obra *La Florida*. Volviendo a sus intenciones expuestas al principio (p. xiii), Adorno explica que le interesa la doble lectura, hacia atrás y hacia adelante. Mirando hacia atrás, argumenta que la fuente más importante del Inca no fueron los relatos orales por parte de participantes en la expedición de Hernando de Soto, sino los *Naufragios* de Cabeza de Vaca. Mirando hacia adelante, sostiene que los lugares míticos creados por Juan Rulfo y Gabriel García Márquez, “Comala” y “Macondo”, son continuaciones de la provincia de “Guancane”, creada en *La Florida* (p. 280). Guancane, en la interpretación de la autora, es un lugar inexistente, al cual Garcilaso desea conferir veracidad: “Guancane is the case par excellence of an authorial sleight of hand that seeks to lend historical credence to an account that is entirely fictional” (p. 297). Adorno no pretende que Rulfo y García Márquez se

hayan inspirado en este episodio de *La Florida*, sino que es el lector quien establece estas relaciones en una lectura creativa.

Entre estos cinco “pilares”, Adorno inserta, en dos oportunidades, capítulos dedicados a otros escritores o a temas generales. Así, intercala entre el estudio de *Las Casas* y el de Bernal Díaz dos capítulos en los cuales analiza, primero, los debates sobre la naturaleza del indio (cap. 4) y, luego, las teorías sobre la justificación de la guerra, centrándose particularmente en Sepúlveda (cap. 5). Los dos capítulos forman una unidad en tanto que, según sostiene Adorno, los debates sobre la naturaleza del indio forman parte de los debates más amplios sobre el derecho de la Corona de conquistar las tierras americanas (p. 99). Según señala, ningún miembro de la élite castellana negó que los indios fueran seres humanos; ni siquiera Sepúlveda—quien pasa por ser el máximo detractor de los indios— los habría considerado como carentes de razón humana; para él, la “barbarie” era una consecuencia de sus costumbres y podía ser remediada gracias al contacto con los cristianos (p. 115). En realidad, Sepúlveda no se habría interesado en el ser mismo de los indios, sino en la relación jerárquica que se estableció al encontrarse con pueblos superiores a ellos (p. 118). Mucho más importante (y nociva) que sus ideas sobre los indios fue la justificación filosófica de la conquista española que propone y que la autora juzga injustificable, tal como lo sostuviera *Las Casas*. Adorno sostiene que la postura de Sepúlveda habría sido muy cercana a la de *Vitoria*, a pesar de las diferencias que existen en el pensamiento de ambos hombres en cuestiones puntuales. En el capítulo siguiente (el 5º), la autora pasa de la justificación de la guerra a la guerra misma, tanto en la teoría (en particular la de Sepúlveda) como en la práctica. En cuanto a este punto, Adorno descubre una

profunda semejanza entre el mundo europeo y el americano: “In the European/American encounter, the figure of the warrior stands as the reigning symbol of civilized culture. Ironically, this warrior figure was an archaic one, in both its European and native American manifestations” (p. 147).

Por segunda vez, Adorno interrumpe la secuencia de los “pilares” e intercala dos capítulos más entre los dedicados a Bernal Díaz y *Cabeza de Vaca*. En realidad, este segundo intersticio retoma los temas tratados en el primero. Así, Adorno vuelve en el capítulo 8 al tema de la naturaleza de los indios, que analiza ahora en sus manifestaciones literarias, sobre todo en la historiografía y en la épica. En el siguiente capítulo, el 9º, retoma el tema del guerrero al analizar la figura de “Gonzalo Guerrero”, probablemente el primer español que se habría asimilado, después de su naufragio en 1511, al mundo indígena. Adorno concede que las noticias sobre el personaje son pocas e inciertas, de modo que su figura es, en realidad, más poética que histórica. Sin embargo, es precisamente por esto que Adorno confiere al personaje un lugar central en su obra, en tanto que encarna la problemática de narración y verdad histórica: “Gonzalo Guerrero is the binding agent that holds this corpus together. The phenomenon that goes by that name has made it possible to argue that narrative interpretation, not historical truth, provides the energy needed to materialize as historical and geographical the personalities (Gonzalo Guerrero) and the places (Guancane) that, in fact, were not so” (p. 322).

Con esto ya estamos en medio del último capítulo que es, a la vez, conclusión de lo dicho y apertura hacia un nuevo horizonte. Tal como lo hiciera anteriormente, Adorno analiza novelas modernas que retoman temas y personajes de la época de

la Conquista, en este caso Las Casas, que aparece implícito (a través de Fray Servando de Mier) en *El mundo alucinante* de Reinaldo Arenas y explícito en *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier. Las ficciones modernas afirmarían la vitalidad de las polémicas del siglo XVI sobre la posesión y, en particular, la importancia de la figura de Las Casas en tanto que puente entre el pasado y el presente (p. 324).

En efecto, Las Casas y Gonzalo Guerrero son las dos figuras centrales de la obra de Adorno. En la introducción, destaca la importancia del dominico: “Las Casas is the point of convergence for these writers’s [es decir, los cinco autores analizados] many exchanges and efforts to make sense of and give meaning to the history of Spain in the Indies and, at the same time, to orient it toward its future” (p. 15). En la conclusión, confiere a Gonzalo Guerrero una función parecida, tal como acabamos de verlo. Sin embargo, esta incoherencia es sólo aparente porque Adorno utiliza a los dos personajes en distintos contextos: Las Casas es el agente unificador en el contexto ideológico, es decir, en sus escritos y polémicas sobre las posesiones españolas en las Indias, mientras que Gonzalo Guerrero lo es en el contexto escritural, es decir, esta larga franja gris que une la verdad historiográfica y la ficción. En el afán de la autora por mostrar y demostrar la importancia de los hechos del siglo XVI para el XX (y XXI) percibimos una traslación implícita de la historia a la ficción. Esto tiñe incluso su valoración de Las Casas, que propone como una de las cumbres de la literatura latinoamericana: “In the literary and cultural traditions anchored in the Spanish language, Las Casas’s name may be eclipsed only by those of Miguel de Cervantes, Gabriel García Márquez, and Jorge Luis Borges” (p. 18). Debo confesar que tengo ciertas dudas a propósito de este juicio.

Las Casas es, al mismo tiempo, más y menos. La importancia del dominico en la historia española, su relevancia dentro de la historia de las ideas, supera de lejos a la de los autores citados. Como escritor literario, por el contrario, no resiste la comparación con ellos.

No debe extrañar que, en una obra de esta envergadura, haya puntos de discusión. Uno de ellos es la visión de Adorno del papel de los humanistas españoles en las polémicas de posesión. Así, escribe: “No Erasmist in Spain chose to challenge Sepúlveda, and, after Alonso de Valdés, no Spanish Erasmist contributed to the humanist debate on war” (p. 126). Y, algunas páginas adelante, reflexiona sobre el sueño imperialista de Carlos V, que habría fascinado a los humanistas españoles como Nebrija y Vives: “Most Spanish thought on war and peace during the reign of Charles V was carried out by men marginal or even hostile to Erasmus, and the tenor of Spanish humanist thought was generally imperialistic” (p. 135). Desde luego, Vives no pudo desafiar a Sepúlveda, puesto que falleció prematuramente en 1540 a la edad de 48 años, pero no cabe duda de que es el más importante filósofo pacifista del humanismo español, que defendió sus opiniones en una serie de obras políticas de los años veinte y treinta, en una continuación creativa de las ideas de Erasmo. Lo que es más, Vives es sólo el protagonista de un período pacifista del humanismo español de estos lustros, el cual duró poco, pese a lo lamentable que esto pueda parecer a nuestros ojos. Los filósofos-teólogos de la Escuela de Salamanca, por el contrario, no eran pacifistas, sino que trataron de “humanizar” o “civilizar” la guerra (con todo lo contradictorio que esto pueda parecernos hoy en día) y sus reflexiones tienen una sorprendente actualidad.

Hay deslices puntuales (me disculpo por la prolijidad). Así, Adorno caracteriza

la edición Remón (1632) como la base de la “versión canónica” (“canonical version”) de la obra de Bernal Díaz (p. 166), mientras que ésta data de la edición del padre Carmelo de Santa María de 1992, habiéndose antes basado las ediciones en el llamado “Manuscrito Guatemala” que, por otra parte, ofrece una lectura más fidedigna. Afortunadamente, existe ahora una edición crítica de la obra de Bernal Díaz que merece este nombre (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. de José Antonio Barbón Rodríguez. México: El Colegio de México etc., 2005). La expresión “mundo nuevo” no apareció impresa por primera vez en la edición pirata de 1511 de Pedro Mártir (p. 325 nota 3), sino en la famosa *Mundus novus* de Vespucio, publicada en París a fines de 1503 o comienzos de 1504. La Universidad de México fue fundada en septiembre de 1551 y no en 1552 (p. 237). El sistema de citas y notas deja transparentar, a veces, las huellas de las impresiones anteriores de los artículos que constituyen la base de los respectivos capítulos.

Para retomar el comienzo de esta reseña, digo que la obra de Rolena Adorno sobre las polémicas de posesión en la España del siglo XVI es una suma de sus propias investigaciones sobre la problemática, suma elaborada con un dominio admirable de la materia. Pero las intenciones de la autora van mucho más allá, en tanto que desea demostrar que los estudios coloniales no son un campo que interesaría sólo a un círculo reducido de historiadores sino que constituyen un aporte esencial para la comprensión de la literatura y cultura latinoamericanas actuales, demostrando “how old books and (seemingly) outdated ideas do, in fact, matter” (p. xiii). Su obra es una muestra magistral de la fertilidad del concepto de “leer hacia atrás y hacia adelante” (“reading backwards and forwards”), mostrando a los autores del

XVI como lectores de otras obras y, por otra parte, como fuente para autores posteriores. Finalmente —y esto es, tal vez, uno de los mayores aciertos de la obra— Adorno expone sus ideas en un lenguaje fluido y ameno, con lo que cumple con creces la exigencia de Ortega y Gasset citada por Curtius: “Un libro de ciencia tiene que ser de ciencia, pero también tiene que ser un libro”.

Karl Kohut

Paul Firbas (ed.): *Épica y colonia. Ensayos sobre el género épico en Iberoamérica (siglos XVI y XVII)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos 2008. 308 páginas.

No son muchos actualmente los trabajos críticos que se enfrentan con el tema de la épica en Iberoamérica, y nulos, creo, los que se refieren a la épica brasileña, si existe. Esta recopilación de estudios es, pues, notable, no solamente por la extensión de las investigaciones a Brasil, aunque sea con un solo ensayo, sino por la categoría de las colaboraciones. La iniciativa del profesor Firbas parte de un coloquio que él mismo realizó en 2003 en la Universidad de Princeton, pero para la edición actual cada texto ha sido sometido a una ulterior elaboración por sus autores, confirmando su actualidad. Como indica el título del libro, el conjunto de estudios va repartido en dos sectores, atento el primero a los “Textos épicos y derrotas americanas”, el segundo a “Géneros literarios y el mundo colonial americano”. Encabeza la primera serie de ensayos (cinco en total) Margo Glanz, que extiende su atención al sector que Oviedo, en su crónica, dedica a los naufragios, épica de la derrota, aunque no en verso; la segunda parte

(que consta de siete ensayos) comienza con un estudio de Isaías Lerner, quien se ocupa de las misceláneas renacentistas.

Margo Glanz incluye acertadamente el tema del naufragio en la categoría de la épica. Es una épica de la desgracia, del infortunio, que se opone al canto que celebra la expansión hispana en Ultramar, dando lugar a “textos heterogéneos, dominados no pocas veces por visiones dolorosas de la guerra colonial y críticas de la codicia y los excesos de la guerra”. Son notas que encontramos igualmente en la épica americana en verso, sea como respuesta a experiencias directas, a una postura humanitaria, o a la consideración dramática del destino humano, que desemboca en la muerte, muerte violenta en la épica, de la que son testigo amplios cementerios, los campos de batalla.

No cabe duda que, como afirma en su ensayo Luis Fernández Restrepo, hay en *La Araucana* una suerte de encubrimiento de la violencia, representada como “entendible y disfrutable”. En el poema de Ercilla como en las *Elegías* de Castellanos, “la memoria [...] está hecha de silenciamientos, pero también de un imposible olvido”, que se manifiesta en *La Araucana* en el último beso de Tegalda al cadáver de Crispino, muerto en el campo de batalla: “beso de la muerte”, que es “una redención” del guerrero vencido, el cual, aunque “destrozado”, es “digno de ser llorado”. Merece particular atención tanto este ensayo del profesor Restrepo dedicado al trauma de la conquista, como el de Gilberto Triviños, “Lecturas de *La Araucana*”, que cuestiona la interpretación corriente del poema de Ercilla como texto fundante de la nación chilena, llamando más bien la atención sobre sus verdaderos fundadores, los personajes aparentemente menores, que denodadamente y con odio se oponen a los invasores. Sobre ellos y su acción de resistencia, afirma justamente el crítico, se funda Chile, no sobre las de-

mostraciones de comprensión y hasta de solidaridad de Ercilla con los indígenas.

El ensayo de Adma Muhana destaca como “epopeya de derrotas” la *Prosopopeia* de Bento Teixeira, ampliando meritoriamente, como ya he dicho, el panorama de la épica americana a Brasil. Subraya como propósito del autor el de dar vida a una “Nueva Lusitania”, y el empeño con el que “canta la constancia frente a las derrotas; al mismo tiempo que todo se transforma en fingimiento de Proteo, ejercicio para la factura de un futuro poético desaparecido en el pasado histórico”. De notable interés es también el ensayo del profesor Firbas acerca del “banquete americano: comida y comunidad en la épica colonial”, examen cumplido de la presencia positiva de la comida comunitaria en los poemas americanos más importantes, y el novedoso relieve dado a la “destrucción” del banquete como “imagen más profunda del acabamiento de una comunidad”. Sería posible añadir más ejemplos a los aducidos por el estudioso, pero su ensayo representa de por sí un inédito acercamiento a la épica americana.

La segunda sección del volumen se abre con el ensayo mencionado de Isaías Lerner, quien hace hincapié en la influencia que debió de ejercitar sobre la *Miscelánea antártica* de Miguel Cabello Valboa, la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía. Documenta la obra de Cabello Valboa “conocimientos y opiniones que permiten entender no solamente el modo de trabajar de su autor sino también el pasaje de saberes que cumplen misiones diferentes desde la perspectiva americana”. Su plan “era la integración de la historia del continente americano dentro de la historia universal”, y los textos a los cuales acude, son varios, puntualmente individuados por el crítico, fundiendo historia y ficción, dando como resultado en la *Miscelánea* un conjunto “heterogéneo”.

De especial relieve es el ensayo que Karl Kohut dedica a las *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos, un texto que es poema o bien crónica en verso. El mismo autor confiesa que de crónica lo transformó en poema, debido a la insistencia de sus amigos. Afirma el crítico que las *Elegías* son sólo una parte del poema, así que prefiere hablar de “capítulos”, constatando que la intención elegíaca se va progresivamente perdiendo. La obra de Castellanos es, en realidad, una “ensalada compuesta de mil cosas diferentes”, en la que “prevalece el criterio geográfico-espacial y la narración histórica ocupa cada vez más el primer plano”. En cuanto a la ideología del cronista-poeta, el crítico señala en él una conciencia de la barbarie de la conquista, llevada a cabo por hombres imperfectos. Las *Elegías* son, en definitiva, “un poema épico que, no obstante, deja ver el entramado original de la crónica”, y anuncia formas nuevas de la literatura, como la novela.

Pedro Lasarte dedica nuevamente su atención a la poesía satírica de Mateo Rosas de Oquendo, tratando del “Sentido y expresión cultural de la parodia épica”: examina la *Sátira a las cosas que pasan en el Perú* en su relación con el discurso épico y culto. El satírico peruano, afirma, da vida a un discurso paródico que se opone al discurso épico, no en cuanto adverso al “proyecto imperial”, sino porque éste, realizado en la épica, ignora la precaria condición de los virreinos y de los descendientes de los conquistadores, queja viva en toda la colonia.

Raúl Marrero-Fente dedica su estudio a un poema anónimo, de ascendencia medieval por el uso de la copla de arte mayor, *La conquista del Perú*. El poema, inacabado, tiene como protagonistas a Francisco Pizarro y su expedición. El estudioso trata del manuscrito, examina sus ediciones, y destaca las relaciones del poema con la tra-

dición poética medieval. En su análisis pone de relieve, en *La conquista del Perú*, la “imitación y la transformación de las norma épicas a la nueva realidad”, la “apropiación de préstamos procedentes de las crónicas rimadas y de los poemas históricos, que coincide con la expansión de los límites geográficos conocidos”. Se evidencian en el poema “una serie de características notables” por la presencia de “una tradición medieval renovada formalmente y por los acontecimientos históricos de la conquista”, en particular la asimilación de la realidad americana a la tradición poética, creando “nuevos espacios literarios”, la “incorporación de información historiográfica sobre América que enriquece la historiografía colonial, porque hay datos y detalles que sólo aparecen en este poema”.

José Antonio Mazzotti trata el tema de las “Paradojas de la épica criolla: Pedro de Oña, entre la lealtad y el caos”, haciendo hincapié en la rebelión quiteña de 1592-1593, de la que tratan los cantos XIV al XVI de *El Arauco domado*. Contrariamente a la interpretación corriente de que el poeta disminuye la capacidad moral de los rebeldes y la legitimidad de sus quejas, el estudioso pone de relieve cierta ambigüedad del poeta, partidario incondicional del gobierno, pero sensible a la razón de los reclamos de los sublevados: una solidaridad que el profesor Mazzotti define como “emocional”. Debido al caos representado por la barbarie de la represión armada y sus estragos, Oña ve negado todo principio “jurídico y civilizatorio”, por lo que se relativizan “los criterios de legitimidad política y de autoridad”, aunque no deja de criticar a los representantes principales del bando insurrecto.

Un ensayo de gran novedad es el que dedica Elizabeth B. Davis a la *Historia de la Nueva México*, de Gaspar Pérez de Villagrá, poema en el que destaca la experiencia marina del autor y una “conciencia transa-

tlántica e imaginería acuática”. El texto ha vuelto a nueva vida en años todavía recientes, tras la edición de Mercedes Junquera en 2001; y últimamente Manuel M. Martín Rodríguez ha dedicado al poema y a su autor un libro definitivo: *Gaspar de Villagrà: legista, soldado y poeta* (León: Universidad de León 2009). El estudio de la profesora Davis profundiza la dimensión documental y estética del poema.

Finalmente, Elio Vélez Marquina se ocupa de la “discursividad política en la épica americana del siglo XVI”, con un estudio novedoso de la *Cristiada* de Ojeda y de las *Armas antárticas* de Miramontes, proyectando nueva luz sobre ambos poemas en el marco de las ambiciones, digamos terrenales, de los dos autores, relacionadas con el poderoso virrey, el conde de Montescalros.

La serie de ensayos reunidos por el profesor Firbas, como he dicho, es notable y tiene el mérito de volver a dirigir la atención sobre la épica americana cuando ya la crítica, hacía tiempo, se había olvidado de ella en cuanto producto artístico apreciable, excepción hecha de *La Araucana*. Por otra parte, hay que recordar que el primer mérito de esta nueva atención acerca de los demás textos épicos americanos, lo tienen los editores modernos de poemas como el *Arauco domado*, las *Armas antárticas* y *La conquista de la nueva Castilla*. Sin su empeño quedaría todavía marginado en las ediciones críticas un importante capítulo de la creación literaria americana. Los autores de los ensayos reunidos en el volumen dejan justamente a un lado todo juicio de valor estético acerca de los textos de los cuales se ocupan. Su interés es más bien técnico, si se puede decir, y vuelcan la hondura de su saber sobre cada poema. Capilar es, además, la bibliografía que acompaña cada ensayo.

Giuseppe Bellini

Diana Sorensen: *A Turbulent Decade Remembered. Scenes from the Latin American Sixties*. Stanford: Stanford University Press 2007. XII, 292 páginas.

Esta visión de conjunto de la cultura y literatura de los años sesenta hacía falta por mostrar la capital importancia de esta década para el desarrollo de las letras latinoamericanas. Es, según Sorensen, el primer decenio genuinamente latinoamericano, ya que, en un proceso denominado por la autora “Toward a Transnational Republic of Letters: A Geography of Discursive Networks”, el subcontinente pasa de una denominación puramente geográfica de un puñado de países a ser una unidad cultural identitaria.

Sorensen coloca la década entre la Revolución cubana y la masacre de Tlatelolco, como los dos acontecimientos políticos más importantes de los años sesenta, con grandes consecuencias para la concientización política y latinoamericana de los escritores. ¡Qué lástima que no describa, en este contexto, la gran y atractiva fuerza del proyecto cultural de esta revolución que fue la alfabetización, para los escritores, sino que se limita a mostrar la fascinación de Ernesto Guevara, en los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, por el carisma de Fidel Castro, y la de Julio Cortázar, en “Reunión”, por el del Che y el del máximo líder! En cuanto a Tlatelolco, se dedica a la evaluación contraria de la masacre en la Plaza de las Tres Culturas por Octavio Paz y Elena Poniatowska, pero no dice nada sobre los objetivos del movimiento estudiantil –cuyo crecimiento y combatividad es otra característica de este período– de democratizar y modernizar la sociedad y la universidad.

Después de este proemio un tanto insatisfactorio sobre la irrupción de la política en los medios intelectuales, la autora presenta, en el capítulo más convincente

del libro, los cambios económicos, sociales, culturales, demográficos y comunicacionales acaecidos en la América Latina de la misma década. En este contexto, menciona el rápido aumento demográfico, la aparición de las grandes ciudades letradas, la fundación de universidades en todas partes, con un aumento sin precedentes del número de estudiantes. Sorensen muestra que, precisamente en esta década, los *mass media* y la industria del libro invaden América Latina como distribuidoras de los capitales culturales, convirtiendo —en el contexto de una emergente sociedad de consumo— todos los bienes en mercancías. Un papel particular desempeñaron en este período, según Sorensen, las nuevas revistas culturales, entre ellas *Marcha*, *Casa de las Américas* y *Mundo Nuevo*, con sus respectivos directores Ángel Rama, Roberto Fernández Retamar y Emir Rodríguez Monegal. La autora estadounidense dedica bastante espacio, junto con *Marcha*, a *Mundo Nuevo*, creado según ella por la CIA como contrapeso a *Casa de las Américas*, sin analizar también las características del órgano cultural del castrismo, por lo que queda inexplicada la estrategia de *Mundo Nuevo*.

Sorensen presenta el decenio como evolución espontánea de una sociedad moderna en América Latina, sin tomar en cuenta que la modernización se llevó a cabo según las necesidades expansivas del capitalismo occidental, pues todos los nuevos rasgos económicos y culturales descritos por ella se parecen a los parámetros occidentales, siendo la incorporación del subcontinente al Occidente la primera etapa de la globalización. De ahí que el auge y la distribución mundial de las obras del *boom*, actividad decisiva de la editora española Seix Barral, no significó sólo, como ella sostiene, la exportación de obras latinoamericanas hacia Europa, sino también su explotación mercantil en Euro-

pa y su incorporación al mercado occidental. En este contexto, la autora dice, no exenta de condescendencia, que a partir del *boom* los escritores latinoamericanos ya podían considerarse reconocidos por sus colegas “del Norte” como sus “peers”. No comparto la tesis sostenida por Sorensen de que el *boom* significó el descentramiento de la cultura mundial, aboliendo la oposición entre periferia y centro, aunque reconozco que la literatura latinoamericana es, a partir de esta década, parte integrante del canon universal. Además creo, al contrario que ella, que la utopía latinoamericana expresada por los autores del *boom*, la de un nuevo comienzo del subcontinente, está muy lejos de ser realidad.

El capítulo sobre “The Anxious Brotherhood”, o sea, el grupo dirigente del *boom*, es en buena parte una ampliación comentada de la *Historia personal del “boom”* de José Donoso, acerca de las relaciones entre los escritores-estrella, su mafioso estatuto de “clan”, las alabanzas mutuas y rivalidades encubiertas, su transformación en celebridades hasta de la prensa amarilla, a la par de futbolistas o estrellas del cine. Todo esto ya lo hemos leído profusa y detalladamente en otros estudios críticos. Lo nuevo que aporta Sorensen es su insistencia en el machismo como rasgo sobresaliente del *boom*, cuyos protagonistas eran todos hombres. Se sirve del anexo del libro donosiano, la historia “doméstica” del *boom*, donde la esposa del escritor refleja el papel tradicional asignado por los hombres-escritores a sus esposas en calidad de compañeras de hombres famosos. Sorensen descubre entonces en las obras finales del *boom* una denuncia discursiva del machismo, y en el surgimiento de una fuerte literatura feminista y antifalocrática de mujeres en la década siguiente, el acta de defunción del *boom*.

En el capítulo final, que ofrece una relectura de algunas “nuevas novelas” desde

la altura del siglo XXI, la autora repite la tesis de la “orfandad” de los nuevos novelistas en la historia literaria latinoamericana, al rechazar el regionalismo, criollismo e indigenismo de las generaciones anteriores. Pero en seguida declara a Carpentier con su teoría de “lo real maravilloso” (y, en menor grado, al “realismo mágico” de Asturias) como precursor del *boom*, insistiendo menos en los ingredientes indígenas y “afro” que en la heterogeneidad de la poética y narrativa carpenteriana de lo “real maravilloso”, siendo la heterogeneidad el rasgo prevalente de la “nueva novela” latinoamericana. Estudia *Cien años de soledad* de García Márquez como paradigma del *boom*, concentrándose en los hallazgos garciamarquezianos de la voz del narrador y de los cronotopos. Atribuye al escritor aracateño una estrategia que toma en cuenta al “lector metropolitano”, vale decir occidental (p. 180), al que podrían chocar las escenas de violencia típicamente latinoamericana y tercermundista —como si la literatura del Occidente, con sus muchas guerras y genocidios, fuera ajena a la violencia—. La autora emplea muchos conceptos que implican una axiología estética occidental, al transferir, por ejemplo, el binomio “centro vs. periferia” de la política a la cultura; en cambio, no dice nada sobre la influencia del colonialismo en el estatus histórico-cultural de la literatura latinoamericana, ni sobre las relaciones literarias entre el “primero” y el “tercer” mundo. Además, me parece dudosa la aplicación del término “tercer mundo” a la literatura iberoamericana, que es más bien, como resulta de su heterogeneidad cultural, un producto híbrido de ambos mundos.

Es muy interesante la observación de que las principales obras del *boom* —*Cien años de soledad*, *La muerte de Artemio Cruz* y *La casa verde*— destacan por contar tanto el comienzo como el fin del mundo

respectivo, lo que Sorensen interpreta como señal de transitoriedad, con la esperanza de una salida, gracias a la globalización del siglo XXI, del laberinto de las eternas repeticiones cíclicas de la historia subcontinental. Pero la propia autora admite que, a partir de los años ochenta, la mundialización ha conllevado mayor pobreza y una distribución más desigual de los ingresos, con sus nefastas consecuencias para el consumo de libros. Las editoriales culturales han sido sustituidas por empresas puramente comerciales, lo que se refleja también en la proliferación de *soap operas* y de triviales novelas de entretenimiento.

A la pregunta: ¿qué queda de la famosa década de los sesenta?, la catedrática de Stanford responde que, además de la ruptura de tradiciones obsoletas inaugurada por la “novela novela”, la gran literatura de esta década queda como base sólida y como reto para los escritores futuros. La famosa antología *McOndo* de 1996, que rechaza el *boom* y se refiere a la vez a él, constituye otro manifiesto en pro de la heterogeneidad ya lograda en los años sesenta. Otro logro del decenio es, según Sorensen, la incorporación definitiva de la literatura latinoamericana al canon mundial.

Hans-Otto Dill

Guido Rings: *La Conquista desbaratada. Identidad y alteridad en la novela, el cine y el teatro hispánicos contemporáneos*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (Nuevos Hispanismos, 9) 2010. 300 páginas.

Guido Rings ofrece una alternativa original a los estudios hispánicos reivindicando el cambio paradigmático “postcolonial”, poco reflejado, en general, en el

interés académico español a la hora de investigar la narración de la Conquista de América Latina. Para ello, el autor opta por integrar la novela, el cine y el teatro contemporáneos bajo el término “narración”, reflejo de representaciones simbólicas que favorecen la creación de identidades y modelos de afrontamiento de los conflictos derivados. El corpus de análisis lo constituye una selección diversa de veinte novelas, diez películas y diez piezas de teatro, españolas, latinoamericanas, e híbridas, centrándose en el análisis pormenorizado de cuatro novelas (*Las naves quemadas* [1982], de Juan Jesús Armas Marcelo; *El origen perdido* [2003], de Matilde Asensi; *El arpa y la sombra* [1979], de Alejo Carpentier; y *La mujer habitada* [1988], de Gioconda Belli), un film (*Cabeza de Vaca* [1990], de Nicolás Echevarría), y una obra de teatro (*Naufra-gios de Álvaro Núñez* [1992], de José Sanchis Sinisterra).

Es aquí que se detiene en cuatro indicadores esenciales que consideramos clave en la gran utilidad futura que auguramos a este tipo de aproximaciones inéditas todavía en numerosos contextos: 1) hasta qué punto los nuevos autores y directores consiguen diferenciarse del conjunto de imágenes diseminadas por el colonialismo y el neocolonialismo, sin asimilar en el proceso las construcciones fijas de otros discursos legitimadores; 2) Cuáles son los medios estilísticos más frecuentes y efectivos en la deconstrucción de las identidades fruto de estos discursos; 3) qué modalidades de tratamiento, y qué implicaciones conlleva la diferencia sexual en la imagen narrativa de la Conquista; y 4) qué grado de coherencia encuentran esta imagen y sus alternativas.

Rings propone un acercamiento crítico a esta narrativa de manera interdisciplinar partiendo de dos hipótesis de base: la historia del continente latinoamericano ha

sido escrita por los colonizadores, y el punto de vista orientador de la historiografía durante siglos ha sido marcadamente masculino. En esta tarea, Rings cree encontrar poca ayuda en los discursos indigenistas, marxistas o feministas, cuya credibilidad se ve afectada por la competición establecida con los discursos coloniales por descubrir “la verdad histórica que no existe” (p. 19).

Frente a la atención considerable que la nueva novela histórica latinoamericana recibe de la literatura secundaria, aunque con escasa atención a la perspectiva de género, las imágenes de la Conquista en este tipo de narrativa en España pasan desapercibidas para la investigación académica, lo que podemos extender al teatro y cine coloniales. El autor extiende este desinterés igualmente a la producción de autores relevantes del *establishment* editorial, que no parecen dispuestos a tomar parte en el debate postcolonial, inter y transcultural, que se desarrolla en otros países del entorno europeo.

Rings insiste de manera innovadora en la perspectiva de género y contrasta el renacimiento de la novela histórica colonial escrita por mujeres, y más cercana al estilo hiperrealista, con el canon narrativo hispánico que se ha ocupado de estas temáticas, tradicionalmente masculino y, en muchos aspectos, “neobarroco”. Sin embargo, se detecta en este regreso de autoría femenina a las técnicas de narración mimético-realistas un entusiasmo narrativo diferencial más cercano a las cuestiones candentes de deconstrucción de lo colonial que, sin embargo, en las dinámicas editoriales de captación de lectores se autolimita al desarrollo infranarrativo de aspectos intertextuales e interdiscursivos.

Por tanto, la apuesta de este recomendable y vivificador estudio se centra especialmente en la travesía por estas lagunas de investigación, intentando dar cuenta y

superar igualmente la escasez de aproximaciones transnacionales e interdisciplinarias en la producción de narraciones contemporáneas sobre la Conquista, la marginación académica de las obras hiperrrealistas y la discriminación de género. En resumen, el amplio estudio de Guido Rings es muy recomendable por el perfil crítico y novedoso de su aproximación a un tema casi tabú en la producción y crítica españolas por fuera del exotismo y lo conmemorativo, que muy probablemente va a ser precedente privilegiado de trabajos posteriores.

Manuel Montalbán Peregrín

Esther Whitfield: *Cuban Currency. The Dollar and "Special Period" Fiction*. Minneapolis/London: University of Minnesota Press (Cultural Studies of the Americas, 21) 2008. 217 páginas.

¿Quién no conoce las imágenes nostálgicas de Cuba, el último bastión del socialismo con el “encanto mórbido” de su arquitectura en decadencia, las consignas revolucionarias desteñidas en los muros y el omnipresente ícono de Che Guevara? ¿Y qué papel desempeña la literatura en la circulación y el consumo globales de estas imágenes? Esther Whitfield responde a esta pregunta tratando de relevar los mecanismos económicos, sociológicos y culturales que determinan el posicionamiento global y local de la literatura cubana contemporánea.

Cuban Currency es un estudio indispensable para quien quiera informarse sobre las circunstancias y condiciones de producción y publicación literarias durante el “Período especial” en Cuba, que duró de 1990 a 2004. Apoyándose metódicamente en la sociología de la literatura con

el enfoque principal en el mercado literario, la autora ofrece varios planteamientos innovadores y persuasivos, que permiten explicar el fenómeno del nuevo *boom* de la cultura cubana, que surgió a partir de 1993, año en que el uso del dólar fue permitido en Cuba. Whitfield justifica el término *boom* con el argumento de que ratifica un paralelo importante al *boom* de la literatura latinoamericana en los años sesenta: en ambos casos se trata de la exportación de una literatura nacional al mercado global. Debido a la situación de carencia económica después de la caída del bloque soviético, el régimen castrista introdujo, en 1993, una ley que permitió a los autores cubanos negociar sus propios contratos. Por consiguiente, una gran parte de la literatura cubana escrita dentro de la isla se publica actualmente fuera de ella, en España, Estados Unidos o en Francia. Por esa misma razón la autora pone un particular énfasis en la recepción de la literatura cubana en el mercado extranjero.

Whitfield parte de la tesis de que la legalización del dólar causó cambios fundamentales en la sociedad cubana por la imposición de lo extranjero en el país. En este contexto, la autora observa una relación entre la exportación de la literatura cubana y el *boom* del turismo en la isla. Ambos fenómenos fueron facilitados por el dólar y resultan en un intercambio intercultural, lo que la población cubana acoge con ambivalencia: el dólar significa oportunidades económicas y dependencias problemáticas al mismo tiempo. Estas circunstancias son inscritas y reflejadas críticamente en la literatura de los años noventa. A través de la novela *Te di la vida entera* (1996) de Zoé Valdés, Whitfield muestra que el dólar sirve como texto *en* y contexto *de* la literatura del “Período especial”, no sólo por su valor material monetario sino por el valor ideológico inscri-

to en él (cap. 2). Constata el mismo fenómeno en los cuentos de Ronaldo Menéndez y Anna Lidia Vega Serova (cap. 3). Así, la moneda extranjera se convierte en símbolo de una sociedad en cambio. La dependencia conflictiva del dólar se expresa antes que nada en la relación entre *dólar* y *dolor*, introducida en la novela de Valdés. Whitfield observa esta relación también en el mercado literario, porque los autores cubanos venden imágenes (algunas dolorosas), testimonios o revelaciones sexuales de Cuba, que se producen para el mercado de lectores europeos a cambio de dinero extranjero.

Zoé Valdés fue la primera autora que planteó con gran éxito los temas que, según Whitfield, caracterizan la escritura realista de las novelas y los cuentos del “Período especial”: la carencia material, el desencanto con la Revolución, las circunstancias precarias de la vida cotidiana y la confrontación del cubano con el turista. A mediados de los años noventa siguen en esta línea los *novísimos*, un grupo de autores que ponen en escena la marginalidad, como, por ejemplo, la homosexualidad, la prostitución (jineterismo) o el consumo de drogas. Con respecto a esta escritura sociológica y política se discutía tanto dentro como fuera de Cuba el peligro de (re)producir imágenes estereotípicas, que corresponden a la expectativa de lo “exótico” por parte de los lectores europeos. Por este motivo se formó un discurso entre intelectuales sobre el “verdadero” o “falso” valor literario: dentro de Cuba se preguntaba si esta literatura correspondía moralmente a los valores revolucionarios, mientras que fuera de la isla la élite intelectual apelaba por un espacio de arte que no fuera contaminado por un contenido puramente sociológico, el cual descuida aspectos formales. En este contexto Whitfield observa que ambos discursos sobre cualidades literarias se dirigían crítica-

mente contra el marketing o la *best-sellerización* de la literatura.

Otro ejemplo de la literatura del “Período especial” es la *Trilogía sucia* de Pedro Juan Gutiérrez (cap. 4), que pone en escena todas las imágenes visuales concebidas como “contaminación” literaria: el desenfreno sexual, la perversión moral y el desespero económico. Whitfield describe cómo Gutiérrez, utilizando la estrategia de la autobiografía, concede al lector una mirada al extremadamente arruinado Centro de La Habana. Según Whitfield, el exhibicionismo ostentativo de las novelas de Gutiérrez satisface y subvierte a la vez las expectativas del lector. Su voyeurismo está desenmascarado y humillado por el autor.

En el último capítulo, Whitfield ofrece un análisis complejo del autor Antonio José Ponte, que convierte las ruinas de La Habana en protagonistas, con una memoria propia, que no sólo son testimonio del fracaso de la utopía revolucionaria, sino que en su función de escenario de posguerra comprenden también un futuro potencial. Por lo tanto, Ponte se remite a la posibilidad de reescribir las ruinas como una esperanza imaginaria de reconstruir lo que está destruido, que va más allá de una retrospectiva nostálgica. (Aquí se pierde un poco el enfoque en el mercado y en la recepción literarios, que la autora planteó en los capítulos anteriores.)

Con su énfasis en el análisis socioliterario, Esther Whitfield enriquece nuestra comprensión de los mecanismos interculturales que determinaron el éxito de la literatura del “Período especial”, aunque cabe decir que en el caso de Zoé Valdés sería necesario discutir más profundamente la calidad literaria de su obra. No obstante, *Cuban Currency* es un estudio que rellena un hueco destacado por el esfuerzo de su autora de aclarar las circunstancias materiales de la producción litera-

ria en la situación compleja en la que se encuentra la literatura cubana hasta hoy en día. En este contexto se debe mencionar también la valiosa bibliografía que aporta la autora, y cuya consulta me parece imprescindible con respecto a la literatura del “Período especial”.

Andrea Gremels

Rory O’Bryen: *Literature, Testimony and Cinema in Contemporary Colombian Culture. Spectres of la Violencia*. Woodbridge. Suffolk: Tamesis (Serie A: Monografías, 269) 2008. IX, 212 páginas.

El punto de partida de Rory O’Bryen es, como señala el subtítulo de su obra, la Violencia como fenómeno particular de la historia de Colombia, que (según la historiografía tradicional) arrancó del asesinato, el 9 de abril de 1948, del popularísimo liberal Jorge Eliécer Gaitán, llevando a la confrontación sangrienta entre liberales y conservadores, la cual provocó, hasta 1953, la muerte de entre 200.000 y 300.000 personas y el desplazamiento forzado de unos dos millones de campesinos. O’Bryen, siguiendo esencialmente al historiador francés Daniel Pécaut, va más allá de la interpretación habitual de la Violencia. Subraya su carácter múltiple, “that what is commonly held to be a singular, quasi-natural ‘thing’ is in fact a composite of multiple ‘violences’” (p. 184), y la inscribe en una continuidad de violencia endémica, “a hereditary cycle of violence and revenge” (p. 3), que remontaría a la Guerra de los Mil Días (1899-1902) y se prolonga hasta la época actual, afirmando el autor: “*la Violencia’s* lack of historical closure and its perpetual mutations and displacements over time” (p. 186) o, en palabras de Daniel Pécaut, su configura-

ción como “un pasado que nunca ha logrado efectivamente ser pasado” (en: *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*, 2003; cit. p. 8). Al ampliar el concepto de la “Violencia” más allá de su aceptación tradicional, O’Bryen intenta ejemplificar el alcance del mismo mediante obras cuya selección y agrupación puede sorprender; veamos cuáles son.

La primera de las tres partes del libro (“Spectres of *la Violencia*: Writing with Ghosts”) está dedicada a Gustavo Álvarez Gardeazábal y Fernando Vallejo. Del primero se analiza la novela *Cóndores no entierran todos los días* (1971), que trata del ascenso y caída de “El Cóndor”, jefe de los tristemente célebres “pájaros”, bandoleros al servicio de los conservadores que operaban en los años cuarenta y cincuenta en el Valle del Cauca. La obra es una genuina “novela de la Violencia”, que según O’Bryen se caracterizaría por una cierta ambigüedad. Destaca (con razón) que Gardeazábal “would ostensibly like to present *la Violencia* as a rupture with the past, and as the product of a set of specific historical circumstances whose social effects can be defined unambiguously” (p. 40); sin embargo, conforme a su propia visión del fenómeno de la Violencia (y en un giro que no convence), afirma que la novela “should also be read – especially from the ‘enlightened’ perspective of a contemporary readership – as a sign of *la Violencia’s* stubborn lack of historical resolution and as a haunting premonition of ghostly repetitions that will ultimately outstrip any attempt to proclaim *la Violencia* dead and buried” (p. 43).

Para Fernando Vallejo, O’Bryen se centra primero en los cinco tomos de *El río del tiempo* (1985-1993) –obra monumental semi-autobiográfica, que denota una progresiva ficcionalización y consiguiente “fantasmalización” de la Violencia “by allaying and deferring referentia-

lity” (p. 49)— para, a continuación, analizar, brevemente, dos obras del cineasta Vallejo, *Crónica roja* (1977) y *En la tormenta* (1980), y, de manera más detallada, la novela *La Virgen de los sicarios* (1994). En esta primera parte, y en particular en el capítulo reservado a Fernando Vallejo, ya se manifiestan tanto los méritos del libro que se deben valorar, como la crítica que me parece legítima frente al uso que el autor hace del término y concepto de la “Violencia”. Los párrafos que O’Byren dedica a las novelas de Vallejo traspasan el enfoque específico de su investigación, proporcionando un análisis magistral de los aspectos más diversos, enfocando con particular esmero, para *El río del tiempo*, cómo Vallejo deconstruye las convenciones temporales de la autobiografía disolviendo al mismo tiempo, en un proceso de “subjective phantomalization”, la unidad del sujeto/narrador. Tiene razón, desde luego, en destacar tanto el “legado” de la Violencia en la realidad del país como su persistencia, en cuanto *spectre* o *ghost* en la conciencia de escritores que, como Gardesabal y Vallejo, la vivieron en su propia infancia. Sin embargo, equiparar los “sicarios” con los “pájaros”, y la Violencia (con mayúscula) de los años cuarenta/cincuenta con la violencia (sin mayúscula) ejercida en *La Virgen de los sicarios*—afirmando “the co-existence of these two phantasmatic temporalities” (p. 70)—corresponde a un *tour de force* que no se legitima por los textos ni ayuda a su comprensión.

El manejo indiscriminado del concepto de “la Violencia” caracteriza también las otras partes del libro que, no obstante, ofrece excelentes resultados en sus análisis de aspectos particulares. En la segunda parte (“Continuity and Rupture: Testimony and *la Violencia*”) se destaca el valor de los testimonios de campesinos desplazados a raíz de la Violencia, reuni-

dos por Alfredo Molano en su obra más conocida, *Los años del tropel* (1985), “[which] can be read as the expression of an unmediated intervention of the ‘real’ in discourse” (p. 95); a lo que sigue una revisión de dos novelas de Laura Restrepo—*La novia oscura* (1999) y *La multitud errante* (2001)—, que sin ser testimonios, se basan en investigaciones periodísticas, contribuyendo la autora ante todo con la primera novela “to the kind of counter-historical writing practised by Molano, restoring collective resistance into otherwise disastrous portrayals of Colombian history” (p. 104). Otra vez, O’Byren convence tanto en sus análisis como en su apreciación en cuanto a la intención y el alcance de las obras analizadas; pero considerar la novela *La novia oscura*, cuya acción se desenvuelve en torno a las huelgas violentas de los años treinta, precisamente como “counter-history of *la Violencia*” (ibíd.), carece de fundamento.

El mismo problema se presenta en la tercera parte del libro (“Displacement of Violence: Cinema and *la Violencia*”), donde son analizadas cuatro películas: entre ellas, obras tan disímiles como lo son *El río de las tumbas* (1964) de Julio Luzardo, que desde la escena inicial—unos bandidos no identificados lanzan un cadáver, tampoco identificado, desde un puente al río, “an image of *la Violencia* that has become a commonplace in journalism and fiction of the period” (p. 141)— se identifica como contraparte de la “novela de la Violencia”, y *Soplo de vida* (1999) de Luis Ospina, que, por cierto, trata del desplazamiento masivo de campesinos, pero no (como quiere O’Byren) “generated by *la Violencia* and ongoing rural conflict” (p. 157), sino a consecuencia de la erupción del volcán Nevado del Ruiz en 1985, que sepultó casi la totalidad de la ciudad de Armero.

El mero título *Literature, Testimony and Cinema in Contemporary Colombian*

Culture bien puede haberle parecido poco expresivo al autor; el subtítulo, “Spectres of *la Violencia*”, me parece justo cuando se entiende en el sentido de “legado” o “memoria”. Pero al equiparar las “múltiples violencias” que sufrió y sigue sufriendo Colombia –tanto de los conflictos laborales de los años treinta como de las guerras del narcotráfico– con la “Violencia” de los años cuarenta y cincuenta, Rory O’Byrne borra hasta cierto grado las condiciones específicas que engendraron cada una de esas “violencias”. Queda, no obstante, el gran alcance de los análisis particulares, que están fundados en un amplio conocimiento teórico, tanto como el gran valor que consiste en combatir, en relación con los sucesos de la Violencia, lo que Fernando Vallejo, en un congreso celebrado en 1998 en Medellín, denunciara como la “desmemoria” del país: “Centenares de campesinos decapitados, extendidos en fila por el suelo [...] ¡Qué! ¿Colombia ya los olvidó? ¿Es que con tanto muerto le entró el mal de la desmemoria y se le borró la historia? A mí no” (cit. p. 49).

Frauke Gewecke

Cecilia Vallina (ed.): *Crítica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato*. Rosario: Viterbo (Tesis/Ensayo, 64) 2009. 221 páginas.

Tómese una frase cualquiera, por ejemplo ésta: “Yo sé que no soy sabio”. Y luego la pregunta de si es indiferente que esta frase la dijera Sócrates (en el curso de un proceso en el que se juzga su vida y del que puede resultar, como resultó, la pena capital), o un estudiante en el curso de un examen de filosofía. Es fácil darse cuenta de que la verdad y aun el significado de

una declaración no son indiferentes a la situación de quien la realiza (y quien la recibe). Ello atañe a todo tipo de frase, puesto que “dos más dos es igual a cuatro”, el colmo de la abstracción, significa cosas diferentes si quien la dice está haciendo una suma o dando un ejemplo de frase en castellano. Lo difícil es conocer y describir las condiciones que ligan un elemento con otro, la situación de quien habla y lo que dice. Entiendo que esa dificultad es el desafío, planteado en los términos más abstractos, que debería afrontar una “crítica del testimonio”. Es cierto que ninguno de los textos de este volumen afronta el problema en estos términos, lo que resulta lógico desde el momento en que no tratan de cualquier testimonio sino de un tipo concreto muy particular: aquellos que se refieren a las experiencias más o menos traumáticas por las que pasó gran parte de la sociedad argentina durante los años de la dictadura (1976-1983). Sin embargo, en ciertas inflexiones del debate que aflora entre algunos de los trabajos aquí reunidos (sobre todo entre los de Hugo Vezzetti, Alejandro Moreira, Sergio Raimondi y Analía Capdevila), la dimensión abstracta –o si se quiere filosófica– se deja presentir y aun desear: ¿hay diferencia entre discurso testimonial y discurso científico? ¿Qué valor, qué importancia debe el segundo otorgar al primero? Y (al revés): ¿debe, el testimonio, a la hora de la verdad, rendirse ante la mirada severa de la objetividad científica del historiador, por ejemplo?

Voy a reseñar el debate. En primer lugar el texto de Vezzetti sobre el testimonio “en la formación de la memoria social”; y no (aclara el autor), en la escena judicial ni en el marco de la historiografía, donde el testimonio cobra un valor diferente. En la historia argentina reciente el testimonio sobre los años de la dictadura habría adoptado dos formas. En los inicios de la

democracia se trató, ante todo, de establecer la existencia de “los crímenes” y de identificar “las complicidades”; en la segunda, ya en los años noventa, comenzaron a evocarse “las luchas”, trayendo al primer plano el “conjunto de la vida política y cultural que fue aplastada por el terrorismo de Estado” (p. 25). Constata Vezzetti –autor de un libro clave sobre el tema, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (2002)– que si bien el corpus de testimonios de la primera etapa (por ejemplo el *Informe de la CONADEP*), “sigue constituyendo el núcleo básico y estable de las representaciones más extendidas” de aquella época, desde los años noventa vienen apareciendo obras que recogen un tipo muy diferente de testimonio: ya no sobre una verdad externa al testigo, objetiva, sino sobre “su” verdad, una experiencia a la que, por ser subjetiva, Vezzetti no duda en calificar de “política” (dando a entender que la otra verdad, la objetiva, no sería “política”): “Los testimonios de los que hoy se habla, que buscan fundarse en la evidencia de lo vivido, en el peso de la primera persona, en una idea de ‘verdad’ sostenida en la fuerza de los vínculos y las convicciones personales [...], creo que tienden a prevalecer en un *segundo momento* de la memoria social” (p. 29). De ahí a alertar sobre los peligros que esconde esta deriva subjetivista y partisana, el paso es corto: “Son claros los límites de estas producciones para un objetivo de conocimiento histórico”.

Es verdad que estos testimonios pueden seguir aportando pruebas en los procesos judiciales, y que aquí tanto como en la Historia es difícil separar el “elemento subjetivo” de aquel, supuestamente objetivo, que sirve “a la producción de la prueba”. Como se recordará, no era éste el tema del ensayo, sino el de la “memoria”, cosa que aunque relacionada con la historiografía y con el proceso judicial, no se

agota en ninguno de ellos. ¿Entonces? Vezzetti juzga fundamental que la “memoria” social, aunque alimentada de las perspectivas subjetivas de los testimonios, pueda sustentarse en los hechos objetivos establecidos en sede judicial y en sede científica, o cuanto menos en los métodos de discusión abierta que caracterizan, según él, a la ciencia y a la justicia en un Estado de derecho. Y allí aparece el problema: al menos a comienzos de 2006 (fecha al pie del artículo), en Argentina esas condiciones no están definitivamente garantizadas, por lo que los testimonios, con toda su carga de subjetividad, son muy capaces de volver a profundizar las divisiones que desgarran todavía a la sociedad argentina: “Por lo tanto, los límites de esa cultura testimonial de la memoria, del peso de las reivindicaciones *privadas*, exponen cierto fracaso en la edificación *pública* de otras formas, hábitos y prácticas culturales y políticas”. El riesgo es: “la privatización y la sectarización de la memoria” (p. 33).

“Lo impropio”, contribución de Diego Tatián al volumen, puede encolumnarse en parte tras la tesis de Vezzetti: sólo una vez establecidos los “hechos”, de manera objetiva e inobjetable, se podrá abrir la concurrencia de las interpretaciones. Hacerlo antes es hacer el juego al “negacionismo”, actitud hasta ahora arrinconada precisamente gracias a la fuerza de los testimonios. Así pues, en la medida en que contribuyen a fijar los hechos, los testimonios son indispensables. El factor subjetivo que contienen, dolor de cabeza de Vezzetti, es un legado transmitido al futuro que será capaz de saldar la deuda que arroje el balance objetivo de la historia. Mientras ese balance no haya concluido –es lo que el lenguaje un poco vago de Tatián parece sugerir–, los actores no deberían precipitarse a un debate para el que tal vez las condiciones no están dadas: “El intento de

comprender lo que ha sucedido en este país no podrá prosperar bajo la urgencia de establecer la verdad *de los hechos* que sucedieron” (p. 58).

“Nuestros años setenta. Política y memoria en la Argentina contemporánea” es una crítica del punto de vista defendido por Hugo Bezzetti que Alejandro Moreira, autor del trabajo, también atribuye a Beatriz Sarlo, en especial según su libro *Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo* (2005). Moreira denuncia dos tendencias contrarias pero solidarias en la misma consecuencia indeseable de promover la clausura del pasado, la obliteración de la rememoración presente de las luchas políticas de los años setenta. Esas dos tendencias son la nostalgia y el realismo. Nostalgia de quienes sin solución de continuidad pretenden prolongar en la actualidad, como si entretanto nada hubiera pasado, los discursos y la acción política de las izquierdas de aquellos años. Realismo (al que por su complejidad se dedica la mayor parte del artículo), de quienes desde el “campo intelectual” “progresista” se vieron obligados a analizar la dictadura en términos del discurso (la “ideología”, dice el autor) de los “derechos humanos” (p. 71) y aun del genocidio. Esa ideología, que desde la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia se convirtió en oficial, produce varios efectos perversos y nocivos para la memoria histórica de la sociedad: al asimilar la represión con que la dictadura militar aplastó los proyectos revolucionarios a las “experiencias concentracionarias del siglo xx”, se la encasilla en la abstracción del concepto de “crimen contra la humanidad”, donde la “humanidad”, una víctima inocente, viene a ocupar el lugar de un sujeto histórico que no era nada abstracto ni nada “inocente”. No quiere Moreira con esto decir que fuera “culpable”, por supuesto, sino que no era un sujeto pasivo ni ajeno a la lucha polí-

tica. Reduciendo todo a un esquema jurídico, el discurso oficial despolitiza la historia, la memoria, el presente y por lo tanto también el futuro, amén del efecto tranquilizador que se resume en este pasaje, que me gustaría citar: “nos brinda un reparo, un tropo donde asentarnos para enfrentar una realidad oscura y traumática. En efecto, la apelación a una larga y venerable tradición del pensamiento en torno al fenómeno totalitario en el siglo xx ofrece cierto amparo al tiempo que brinda la consoladora sensación de que formamos parte de un mismo diálogo. Es decir, nos situamos en un corpus cristalizado y a partir de allí leemos la experiencia argentina. ¿Cuál es el gesto en este caso? Sencillamente, lo que hacemos es trabajar con analogías y metáforas en donde la evocación de autores y argumentos canónicos –de Theodor Adorno y Walter Benjamin, Paul Ricoeur y Giorgio Agamben– proyecta cierta luz sobre momentos perdidos de nuestra historia reciente” (pp.76-77).

Pero no todo el campo intelectual de la izquierda se reparte en estas dos posiciones igualmente deseosas de terminar con el pasado. Con Vezzetti, con Sarlo, Moreira toma nota de la aparición, desde los años noventa, de toda una serie de testimonios sobre aquellos años que escapan a esas alternativas. Dichas memorias intentan revisar la “figura moral de la víctima”, a la que tanto nostálgicos como realistas habían asimilado al sujeto histórico aplastado por la represión: esa figura es revisada, en efecto, por “evocaciones disímiles que buscan exaltar o simplemente recuperar ciertas imágenes y sentidos de la militancia revolucionaria”; relatos, en su gran mayoría, “en donde la vertiente biográfica ocupa el centro de la escena, en desmedro de cualquier visión globalizante” (p. 78). Es en esta vía –tan peligrosa para Vezzetti– donde Moreira ve la posibilidad de mantener vivo el presente: en contacto con la his-

toria, que no está, ni puede estarlo, fuera de la política, por lo que también es la única posibilidad de futuro.

En esta misma línea, aunque hecha con otros materiales, está la contribución de Sergio Raimondi: “Acercas del día en que Atilio Miglianelli se topó con un alambrado artístico que interrumpía su recorrido hacia los cangrejales de Ing. White”, contrapunto entre una disquisición teórica sobre dos modos antitéticos de hacer historia –desde la altura del águila, desde la terrestre vecindad de la rana–, y el “testimonio”, precisamente, de un habitante de la ciudad del sur bonaerense que hace años trajina la geografía chata de la zona, recogido en el archivo de relatos orales que hay en el Museo del Puerto de Ing. White. No se puede dar cuenta de ninguna historia desde las alturas, es decir, prescindiendo de la “experiencia singular”, de la “experiencia concreta y social” de cuantos, como Atilio Miglianelli su pueblo, recorren a su modo la historia del país.

Otro excelente trabajo es el de Analía Capdevila, que también puede ponerse en la línea de Moreira. Su tema (tratado ya en 2004 en un estudio esencial de *La palabra justa*, de Miguel Dalmaroni), son dos novelas, *Villa* (1995) de Luis Guzmán y *Dos veces junio* (2002) de Martín Kohan. Ambas cuentan, de un modo más bien realista, historias de represión emplazadas en los años setenta. Ninguna, según Capdevila, logra evitar, si alguna vez se lo propusieron, caer en el maniqueísmo moralizante: los malos por un lado (torturadores, sádicos, inhumanos), las víctimas inocentes por el otro. También Capdevila otorga importancia al hecho de que este modo de ver la historia se ha convertido en versión oficial, y también ella presume los efectos tranquilizadores de la culpabilización masiva promovida por ese discurso. Pero su reivindicación no recae tanto en los testimonios publicados en el país a partir de

los noventa cuanto en el giro subjetivista que han impreso y en la posibilidad, sobre todo, de que ese giro promueva el testimonio también a través de la ficción. Pero el único ejemplo que propone es anterior a todo esto: “El niño proletario” (1973), de Osvaldo Lamborghini: “Se podrá objetar –reflexiona la autora– que ‘El niño proletario’ no es un relato realista. Puede ser. Pero no se podrá negar nunca que es el testimonio de algo real, *bien real*, que, aunque ocurre en la ficción, no deja de ocurrir también en la realidad” (p. 148). Después de todo –para volver a nuestra consideración inicial– la frase que pronunció Sócrates durante el proceso que concluyó en su condena y ejecución nos llega, como casi todo lo demás que atañe a ese proceso, a través de la recreación –acaso testimonial– que hizo de él un discípulo suyo con inclinaciones novelescas.

Los textos recogidos en el volumen fueron leídos durante un ciclo realizado en el Centro Cultural Parque de España de la ciudad de Rosario, en Argentina, durante los meses de marzo, mayo y agosto de 2006. Otros autores que colaboran, además de la compiladora, son: Sandra Valdetaro, Daniel Link, María S. Cristoff, Eduardo Russo, Pablo Sztulwark y Rubén Chababo.

Daniel Attala

Birgitt Bertram: *Schreiben als “arma poderosa”? Zur Dialektik von Werk- und Rezeptionsstruktur bei La casa de los espíritus und De amor y de sombra von Isabel Allende.* Frankfurt/M. etc.: Lang (Europäische Hochschulschriften, 24: *Lenguas y Literaturas Iberorománicas*, 83) 2007. 398 páginas.

La omnipresencia de la escritora chilena Isabel Allende como estrella mediática

ca suele influir, en no poca medida, en la recepción de sus novelas. Su parentesco con el antiguo presidente socialista Salvador Allende, continuamente evocado por ella, y su autorrepresentación como feminista contribuyen a relacionar íntimamente su vida con su obra. Birgitt Bertram se ocupa de este fenómeno y, en su tesis de doctorado, *Escribir: ¿un “arma poderosa”?*, analiza la estructura de la obra y la estructura de su recepción en su relación dialéctica, basando su investigación en las dos primeras novelas de Allende, *La casa de los espíritus* (1982) y *De amor y de sombra* (1984). Bertram plantea las siguientes preguntas: ¿hasta qué grado influyen tanto la imagen de la autora como sus propios comentarios en la expectativa del lector?; ¿en qué medida pueden determinar los contextos sociopolíticos la evaluación de las novelas?; ¿cuáles son las lecturas favorecidas de los textos?; y, ¿hasta qué punto las estructuras de la obra justifican las críticas literarias? En busca del lector real, Bertram elige como objeto de estudio la crítica periodística chilena y alemana. De esta manera, toma en consideración tanto los aspectos de la recepción por parte de la crítica literaria como por parte del público lector, situándose en el campo de investigación de la recepción, que está vinculado con la historia y las ciencias sociales.

El libro está estructurado según los cánones del género. Después de la presentación del proyecto y de la exposición del método (cap. I), la autora describe el estado de la investigación (cap. II) concerniente a las dos novelas en cuestión. Aquí cabe mencionar especialmente el manejo de algunos aspectos que, más adelante, serán tratados como ejes centrales del estudio: cuestiones de género, la postura ante la dictadura de Pinochet, perspectivas de narración y referencias al “realismo mágico”. El siguiente capítulo consiste en

una detallada presentación del contexto político e histórico chileno de los años ochenta, del posicionamiento de la mujer en aquel tiempo y de la literatura con relación al rol de Isabel Allende. Estas informaciones de fondo sirven de marco para investigar la concepción de las novelas y de su recepción en Chile.

Los siguientes capítulos están dedicados al análisis de *La casa de los espíritus* (cap. IV) y *De amor y de sombra* (cap. V). Para ambas novelas, la autora llega a la conclusión de que favorecen un mensaje afirmativo, en el sentido de que pregonan la reconciliación; es decir, predomina la perspectiva conservadora de clase alta, los que aprobaron, por lo menos al principio, el golpe militar. Bertram reconoce la índole patriarcal que se manifiesta en las estructuras narrativas: en *La casa de los espíritus*, por el predominio del narrador en primera persona, Esteban Trueba, un machista ejemplar; en *De amor y de sombra*, por la representación de la protagonista Irene a través de su pareja, Fernando. Y, a diferencia de otros estudios, Bertram realza convincentemente un marcado tradicionalismo en cuanto a las figuras femeninas abnegadas, cuyos actos están relacionados exclusivamente con los protagonistas masculinos, y quienes se rinden ante su destino.

En los capítulos VI y VII se analiza la recepción de las novelas en Chile y en Alemania, según la crítica literaria periodística de los años ochenta. Los materiales tomados en consideración se encuentran en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile y en los archivos de la editorial alemana Suhrkamp. Bertram describe el panorama periodístico de ambos países, pero, lamentablemente, no revela los criterios, ni cuantitativos ni cualitativos de la elección: no se llega a saber cuántos artículos existen en los archivos, ni cuál es el período exacto de investigación ni cómo se compiló el cuerpo de investigación.

El análisis aspira aquí a descubrir principalmente la relación entre la evaluación de las novelas y el contexto histórico y los aspectos de género, así como la posición política de las publicaciones. Concerniente a lo último, es interesante ver hasta qué punto *La casa de los espíritus* recibe una valoración positiva por parte de los críticos chilenos y alemanes en la prensa tanto conservadora como liberal y de izquierda, utilizando los autores ciertas citas de la novela para ilustrar la propia posición (política). Para *De amor y de sombra*, la importancia del contexto es ejemplificada a través de dos fases de recepción en Chile: se trata de una fase negativa y de otra positiva, que están relacionadas con el estado de sitio, proclamado en 1984, y su abolición tres años después.

Mientras que los aspectos de género no tienen un gran eco ni en los periódicos ni en las revistas de Chile, la prensa alemana les dedica mucho espacio, lo cual, según Bertram, se debe al amplio debate contemporáneo sobre la emancipación femenina en Alemania. Es decir, la crítica alemana subraya la resistencia de las protagonistas contra el machismo, ignorando la dominación persistente de la perspectiva masculina. En cuanto al “realismo mágico”, las referencias sirven para situar la obra en una corriente literaria conocida y exitosa, ostentando los artículos alemanes una tendencia que se asemeja a la actitud receptiva alemana frente a la literatura latinoamericana en general: una visión estereotipada de una América Latina “mágica” y exótica.

Finalmente, la atención de Birgitt Bertram se centra en la imagen que Isabel Allende ha proyectado de sí misma (cap. VIII): la “superestrella” (p. 261) que, a pesar de su posición antidictatorial, sabe generar una actitud comprensiva hacia los seguidores del régimen, y cuyo feminismo no rechaza conceptos tradicionales. Al

subrayar la influencia de la propia autora en la recepción de su obra, Bertram, en sus observaciones finales (cap. IX), le asigna un considerable potencial de identificación con lectores muy distintos. En resumen, el presente volumen es una investigación valiosa para comprender mejor la obra de la autora chilena y, ante todo, los mecanismos de la dialéctica de la recepción de sus dos primeras novelas.

Yasmin Temelli

Ineke Phaf-Rheinberger: *The ‘Air of Liberty’: Narratives of the South Atlantic Past*. Amsterdam/New York: Rodopi (Cross/Cultures. Readings in the Post/Colonial Literatures in English, 96) 2008. XXII, 224 páginas.

Al celebrarse los doscientos años de la independencia de los países latinoamericanos, este libro de Ineke Phaf-Rheinberger es una lectura interesante de la región del Caribe y de Latinoamérica, por abrir preguntas y caminos de investigación sobre aspectos y regiones no frecuentadas por la investigación. Esta investigación se realiza en cuatro partes, que giran en torno a la construcción del *South Atlantic* a través del análisis de las narrativas ilustradas (cuyo “Air of Liberty” sucumbe frente al esclavismo) y alternativas (cuyo “Air of Liberty” no deja de abrevarse de la herencia humanista). Son narrativas escritas en holandés, francés, español, criollo y portugués, sobre espacios reales o imaginarios, libres o utópicos, a lo largo de cuatro siglos.

En la primera parte, “The Dream of Order”, la autora investiga, a través del análisis iconográfico de la obra de Frans Post (1612-1680), el paisaje natural y socialmente estratificado, el modelo holan-

dés de cultura de *water management* y *pol-der landscape*, en lo que fue la primera colonia holandesa en América, el noreste brasileño: Mauritsstad-Recife (1637-1654). Se discute cómo a través del *panoramic landscape*, cuyo precursor fue Karel van Mander (1548-1606), se creó la imagen de figuras africanas, esclavas, colocadas en el paisaje en un estado de ocio. Basado en un dibujo de Frans Post, la autora dice: “this leisurely posture conforms to the view of van Mander, who praises the air of liberty as an essential feature of figures positioned in a landscape” (p. 21). Es de aquí que nace el título del libro, como una parodia crítica de este encubrimiento colonial y, simultáneamente, para designar las salidas de libertad, históricas y ficcionales, en el tiempo colonial y poscolonial. Otro aspecto que se destaca en esta primera parte es cómo se sienta el fundamento del discurso ilustrado en Amsterdam, como ciudad-puerto, en la obra *Rerum per octennium in Brasilia...* (1647) del humanista Caspar Barlaeus (1548-1648), obra que incluyó dos dibujos de Frans Post, uno sobre Mauritsstad y otro sobre Luanda.

En la segunda parte, “The Crisis of Enlightenment”, vemos a través del *Essai historique sur la colonie de Surinam* (1788) del peripatético humanista David Nassy (1741-?) cómo se negocia la difícil presencia de “The Jewish-Portuguese Nation” en Surinam, judíos plantadores que tuvieron que lidiar con los cimarrones, y que, a pesar de sus muestras de fidelidad a la colonia, no dejaron de ser discriminados por los holandeses cristianos. En esta parte también se discute la figura de Alabi, un cimarrón que se hizo cristiano, tal como aparece en la obra *Alabi's World* (1990) de Richard y Sally Price, y en un manuscrito de 1790, *Narrative of a Five Years Expedition Against the Revolted Negroes*, que fue redactado por Joanna, una mujer criolla, concubina del capitán

John Gabriel Stedman (1744-1797), y que fue la base para el libro de la pareja Price. A través de estos dos textos, Phaf-Rheinberger examina, por un lado, la construcción del tópico del cimarrón y de la mujer criolla libre y, por otro lado, esboza la trayectoria de unos destinos individuales de libertad en una sociedad colonial fuertemente estratificada por razas y clases.

La tercera parte, “The Search for Alternatives”, conecta el “Air of Liberty” con el inicio de las guerras de independencia sudamericanas, particularmente a través de las actividades de Manuel Piar (1774-1817), un pardo de Curazao, popular y rebelde, cuya ejecución fue sellada por Simón Bolívar, y cuya imagen —olvidada en su tierra natal a causa de lo que la autora llama la “Antillean amnesia”— es analizada tal como aparece en novelas de Manuel Trujillo (*El gran dispensador*, 1983), Francisco Herrera Luque (*Manuel Piar, caudillo de dos colores*, 1987) y Gabriel García Márquez (*El general en su laberinto*, 1989). Esta parte cierra con dos capítulos dedicados a tradiciones populares, particularmente los ritmos musicales de la *tumba* y el *tambú*, y la relación del papiamento con el español y el holandés, a partir de la década del treinta. En este último contexto se analizan los textos del curazeño emigrado a Panamá, John de Pool, que revaloriza el papiamento; de Albert Helman, de Surinam, que se opone al sranan como lengua oficial en Surinam, a pesar de haber sido uno de sus primeros en recrearlo como lengua literaria; y del curazeño Frank Martinus Arion, que desde espacios imaginados, donde se obtiene la libertad del tutelaje colonial con la introducción del criollo como lengua oficial, recrea y critica las limitaciones de unas islas que no llegan a ser independientes.

En la última parte, “Toward a Cultural History of the South Atlantic”, Phaf-Rheinberger retoma el propósito articula-

do desde la introducción de cimentar la conexión holandesa que existe entre ambas orillas del *South Atlantic*, cuya base es portuguesa por el tráfico de esclavos que se inaugura desde el siglo XVI. Compara a tres autores contemporáneos, a saber: el angoleño Pepetela (*A gloriosa família. O tempo dos flamengos*, 1997), el brasileño Alberto Mussa (*O trono da rainha Jinga*, 1999) y el igualmente angoleño José Eduardo Agualusa (*O ano em que Zumbi tomou o Rio*, 2002). Aquí la autora indaga cómo el “Air of Liberty” cruza estas narrativas, y revisa el espíritu mercantil, las herencias olvidadas, la esclavitud y el quilombo de Palmares recreado en Río de Janeiro. Y es con Pepetela que los personajes están anclados en la presencia holandesa, sea por relaciones familiares, sea por las comparaciones de Luanda con Mauritsstad.

El libro de Ineke Phaf-Rheinberger presenta una detallada información histórica y bibliográfica, con el objetivo de demostrar, como explica en su conclusión, que “Dutch-related imaginaries have contributed to this intellectual self-confidence by deconstructing the African-Portuguese origins of the South Atlantic heritage that is intertwined with the circum-Caribbean region” (p. 185). Vemos, entonces, cómo se relaciona la presencia holandesa en ambas orillas del Atlántico, ya sea en la ficción o en la historia, empresa a la que los escritores del Caribe holandés han contribuido de modo significativo. Es evidente, que la autora quiere inscribir *a posteriori* el *South Atlantic* en el espacio imaginado del *Black Atlantic*, un espacio no dominado por la presencia anglosajona, donde entran otras presencias coloniales y poscoloniales, como la portuguesa y la holandesa, dando así un panorama más completo de la compleja historia transatlántica.

Luis Pulido Ritter

Geane Alzamora/Renira Rampazzo Gambarato/Simone Malaguti (eds.): *Kulturdialoge Brasilien–Deutschland. Design, Film, Literatur, Medien*. Berlin: edition tranvía/Walter Frey (Tranvía Sur, 19) 2008. 176 páginas.

El fin del presente volumen –según el prefacio escrito por Winfried Nöth y Lúcia Santanella– es “poner nuevos acentos, particularmente interculturales, en el intercambio cultural brasileño-alemán” (p. 9). El libro es el resultado de una cooperación del Programa de Posgrado de Ciencias de Comunicación y Semiótica de la Universidad de São Paulo con el grupo de trabajo interdisciplinario de investigación cultural de la Universidad de Kassel. Ya es la cuarta antología proveniente de esta cooperación, pero la primera publicada en Alemania. Consecuentemente, todos los artículos fueron traducidos al alemán. La antología se divide en cuatro partes con títulos bastante generales: “Brasil y Alemania: motivaciones”; “Brasil y Alemania: conexiones”; “Brasil y Alemania: comparaciones” y “Alemania en Brasil: inspiraciones”. Al final, se trata de ocho artículos que se unen por su enfoque intercultural.

Destacan particularmente tanto el artículo de Nina Bishara acerca de textos e imágenes en los anuncios de automóviles alemanes y brasileños como el de Geane Alzamora sobre las ediciones digitales de las revistas semanales *Época* y *Focus* por su temática actual. Estas aportaciones resultaron de un proyecto de investigación binacional acerca de las relaciones texto-imagen en los medios, que fue subvencionado por el DAAD y por CAPES. Nina Bishara compara en su análisis, muy bien estructurado, los anuncios de Mercedes y BMW en Brasil y en Alemania. Cuestiona si se pueden notar diferencias entre la relación texto-imagen, que reflejan la diferen-

te historia cultural o si, al contrario, se puede notar una nivelación global. La conclusión muestra que los anuncios de Mercedes y BMW usan contenidos emocionales que se aplican específicamente a Brasil y Alemania, pero que no hay una relación texto-imagen predominante para un país (p. 120). Esto sorprende teniendo en cuenta que, de forma global, se considera Brasil una cultura visual-oral, contrastando la cultura predominantemente literal de Alemania. A causa del espacio disponible y de la abundancia de material, este estudio no puede ser representativo, como escribe la autora (p. 119), pero es un excelente punto de partida para un análisis más amplio.

Geane Alzamora compara las ediciones digitales de *Focus* y *Época* tanto entre sí y con relación a la versión impresa como con sus competidores alemán y brasileño, *Spiegel* y *Veja*, respectivamente. Muestra que las diferencias entre *Época* y *Focus*, que pertenecen a la misma empresa multinacional, son mayores que las diferencias entre *Época* y *Veja*, lo que deja concluir que los editores se orientan en sus competidores nacionales, aunque la Red es un espacio sin limitaciones territoriales (p. 133). Todas las revistas no corresponden debidamente a la interacción sociocomunicativa de la Red y basan las ediciones digitales demasiado en la versión impresa, una observación que es todavía más cierta para las revistas brasileñas que para las revistas alemanas (p. 135). Concluyendo la autora presenta ejemplos del periodismo *Open Source* que, según ella, es un reto para las revistas semanales, que deberían enfrentar las nuevas formas y ventajas de comunicación que ofrece la Red.

Otra aportación del presente volumen que se debe mencionar por su temática particular es la de Wolfgang Fuhrmann. Analiza imágenes de Brasil en el cine alemán de los años cincuenta, un tópico espe-

cial por dos razones: primero, el cine de los años cincuenta y sesenta ha sido objeto de prejuicios durante muchos años, una situación que está cambiando poco a poco con investigaciones que intentan adoptar un punto de vista diferente, como el autor mismo explica en su introducción (p. 61); segundo, porque el autor muestra que los documentos cinematográficos diseñan una imagen sorprendentemente positiva y progresista tanto de Brasil como de los contactos interculturales. Estas conclusiones resultan de un análisis del motivo de la arquitectura, del género de las películas y de la relación entre la joven República Federal de Alemania y el extranjero sudamericano.

En resumen, se puede constatar que estamos ante una publicación bastante heterogénea, que presenta muchos puntos de enlace para los diversos campos de investigación intercultural Brasil-Alemania. Cabe cuestionarse, tal vez, si hubiera sido más provechoso proponer una pregunta o un enfoque directriz para el volumen, que le hubiera dado una mayor coherencia interna.

Birgit Aka